

Falla, Gerhardt y los estrenos musicales españoles de 1996

Aun a sabiendas de que se quedarán muchos otros temas en el tintero –alguno de la importancia de la enseñanza musical, cada vez más torpemente tratado por los políticos–, me inclino a centrar esta panorámica de la música culta en España durante el terminado 1996 en dos cuestiones o parcelas que, en lo positivo, se me antojan las que en más amplia y en más favorable medida la han informado y redondeado. Quizás desde un riguroso punto de vista informativo se eche de menos algo sobre la larga marcha, sinuosa donde las haya, hacia la reapertura del Teatro Real. Pero sucede que las características de «culebrón», que ha teñido el tema un comienzo irreflexivo y equivocado, me producen rechazo invencible hacia el asunto.

Nadie duda de que la más exacta idea sobre cuál sea el auténtico peso, la verdadera categoría de la vida musical de cualquier país los dan el peso y la categoría que ofrezca su colectivo creador. Por eso me parece indicado que la primera parte, y más extensa, de este trabajo lo ocupe una recopilación, si no exhaustiva sí lo suficientemente significativa, de las obras estrenadas en 1996 por los compositores españoles ya más o menos consagrados.

En cuanto a la elección de la segunda cuestión que voy a abordar como específicamente determinante de los perfiles de la anualidad, no me han cabido tampoco muchas dudas: será la especial atención que se ha prestado tanto en las series habituales de conciertos como en los festivales de más fuste, a recordar el cincuentenario de la muerte de Manuel de Falla (1876-1946) y el centenario del nacimiento de Roberto Gerhard (1896-1970).



Hablaba hace un momento de la importancia que tienen, para bien calibrar el pulso musical de un país, el peso y la categoría de sus creadores. Desde luego. Pero también su número; y el de los nuevos títulos que –por supuesto que con un nivel mínimo de aceptabilidad– se les estrenen. Me parece que el recuento cronológico que ofrezco a conti-

nuación e insisto en que sin ningún ánimo de exhaustividad, es lo suficientemente expresivo. Pero es el lector quien tiene que juzgarlo.

Abre la lista, en enero, el estreno absoluto que, como cada año, presentó el Festival de Canarias; en esta edición, por desgracia, con carácter póstumo. Correspondió a la obra para tres orquestas *Clamores y alegorías*, de Enrique X. Macías, fallecido el 4 de noviembre anterior. También en enero pudieron contabilizarse en el Ateneo de Madrid estrenos de dúos y tríos de Agustín Bertomeu, José Luis Mata, Miguel Grandes, Blas Sancho, Valentín Ruiz, Agustín González Acilu, Gabriel Fernández Alvez y Manuel Lillo. Asimismo en enero, la Sinfónica de RTVE ofreció primicia de José Luis Greco en el Monumental: *Soy Superman*. Y aunque fuera de España, la Filarmónica de Dresde estrenó allí la obra de Cristóbal Halffter *Memento a Dresde*, fruto de un encargo de la agrupación alemana.

Ya en febrero, se presentaron, en el Auditorio de Galicia, *Saturnal*, de Manuel Balboa, y en el Nacional el *Cuarteto de cuerda número 3*, de González Acilu, y sendas obras guitarrísticas —encargadas y tocadas por Gabriel Estarellas— de Carlos Linares, Gallardo, Fernández, Flores Chaviano, Cardoso y Torrent. En el mismo mes, esta vez en la Fundación Juan March, hubo otros dos estrenos absolutos: el de la nueva versión para flauta dulce y clave del *Aria antigua* de Joaquín Rodrigo y el de las *Variaciones en la menor* de Pedro Sáenz, compositor argentino afincado y muerto en Madrid. La Sinfónica de RTVE, por su parte, estrenó la *Celebración for Robbine*, de Enrique Llácer.

Marzo arranca con el estreno, en la serie de la ONE, de *Cuando llegue la noche*, de Balboa, para continuar en el conservatorio de la capital con el de *Líneas paralelas*, para saxofón, de Jesús Villa Rojo y seguir en la Academia de Bellas Artes con el del cuarteto de cuerda *Madrigal sin remedio*, de Pablo Riviere, y en el Centro Cultural de la Villa, con el de *Arcano ritual*, para percusión, de Enrique Igoa. No deben tampoco dejar de citarse dentro de este mismo mes de marzo, por más que tuvieran lugar en el festival *Ars Musica* de Bruselas, los estrenos mundiales de Luis de Pablo, Ramón Lazkano o David del Puerto.

Concurren en el mes de abril los dos estrenos encargados y preparados para la XXXV Semana de Música Religiosa de Cuenca: *Cántico de Daniel*, para tenor, coro y orquesta, de Manuel Seco de Arpe, y *Turbas collage para orquesta*, de Cristóbal Halffter. Y figura también en él, éste en el Círculo de Bellas Artes, el de *Síllice*, de Enrique Blanco, para flauta y grupo instrumental.

El día 2 del sucesivo mayo, y como viene siendo tradicional, los conjuntos de la Comunidad estrenaron en el Auditorio madrileño la obra que se encarga al efecto cada año. En esta ocasión, *Las lamentaciones de Quevedo*, de Seco de Arpe. El mes se cerró con dos convocatorias estre-

nistas absolutamente diversas. En la Academia de Bellas Artes, los académicos García Abril, Halffter, Bernaola, de Pablo y Marco estrenaron respectivas obras en sesión que celebraba los doscientos cincuenta años de vida de la institución. En el Auditorio, lo hacían estos alumnos de la cátedra que dirigen Antón García Abril y Zulema de la Cruz en el Conservatorio: Alicia Díaz, Juan Carlos Domínguez, Gemma Romero, Daniel Roca, Pilar Jurado y José María Sánchez-Verdú.

Paralelo estreno múltiple abre la nómina de junio, asimismo en el Auditorio madrileño. Corresponde ahora a estos alumnos de José Luis de Delás en la Universidad de Alcalá: Alberto Hortigüela, Juan Carlos Duque, Juan Carlos Torres, Pilar Ossorio, Jesús Nava, Angel Javier Liz y Sergio Blandorny. También en junio, y dentro del ciclo *Música de Primavera*, estrenaron en El Escorial páginas para saxo y electroacústica, Consuelo Díez, Juan Manuel Alonso, Juan Manuel Cortés, Manuel Ariza, Francisco Villarrubia y Eduardo Armenteros.

Entrar en el trimestre veraniego de julio, agosto y septiembre, es hacerlo en la época caliente de los principales festivales de música del país. En los cuales –y a diferencia de lo que ocurría en sus respectivas primeras etapas– no son forasteros ya los estrenos de nuestros músicos. Los ejemplos que se ofrecen a continuación ratificarán el aserto. Ya las Jornadas de Informática y Electroacústica celebradas en el Centro Reina Sofía en los primeros días de julio vieron nada menos que quince estrenos mundiales. Por su lado, los Festivales Internacionales de Granada y Segovia fueron testigos de sendos otros, de Hidalgo y Castillo el primero, y de José Luis Turina el segundo, un dúo para la inhabitual combinación de dulzaina y oboe, este último. Ya en agosto, el también Festival Internacional de Santander ofreció como primicias mundiales un *Concierto para flauta y orquesta*, de Agustín Bertomeu; *Peñas Arriba (adagio para gran orquesta)*, de Claudio Prieto; el *frío en homenaje a Roberto Gerhard*, de Juan José Mier; el *Cuarteto número 4 (Los desastres de la guerra)*, de Tomás Marco, y un nuevo *Álbum de Collien*, éste para guitarra y recitadora, con ejemplos de hasta veintinueve compositores españoles y portugueses. La decana de todas nuestras citas festivaleras, la Quincena Donostiarra, ofreció a su vez otros cuatro estrenos mundiales: el *Concierto para clave y sexteto orquestal*, de Francisco Escudero; el ballet burlesco *Akelarre II*, de Pascual Aldave; *SNGTD*, para órgano, de Mikel Mate, y una nueva página coral de Javier Bello Portu. En septiembre, y en el Festival Internacional de Alicante, cita capital de lo contemporáneo, estrenaron con carácter absoluto –sólo cabe la mera relación nominal– estos compositores, citados por orden cronológico de programación: Miguel Alonso, Diana Pérez Custodio, Eduardo Armenteros, María Rosa Cervera, Javier Pioz, José María Sánchez-Verdú, Francisco López, Carlos Cruz de Castro, Emilio Calandín, Jesús Torres, Juan de

Dios García Aguilera, Zulema de la Cruz, Guillermo Lauzurika y José Luis de Delás. Por fin, y en la gozosa recuperación del teatro del Círculo de Bellas Artes madrileño, se estrenó el espectáculo musical de José Luis Turina *La raya en el agua*.

En cuanto al cuarto y último trimestre, ya fuera prácticamente de la cobertura de este artículo, no faltaron, ni mucho menos, las obras que se ofrecieron en primicia mundial. Queden no obstante, como ejemplo representativo las obras incluidas por la Sinfónica de RTVE: los *Cinco grabados para orquesta*, de Alejandro Civilotti, Premio Reina Sofía de 1995 y la de *Relámpagos*, de Luis de Pablo (7 y 8 de noviembre).



El año que termina queda también sin duda marcado, y asimismo positivamente en general, por el doble recuerdo rendido a Manuel de Falla, en el cincuentenario de su muerte, y Roberto Gerhard, en el primer centenario de su nacimiento. Ambas conmemoraciones obligadas, por supuesto, pero aún más necesaria si cabe la dedicada a Gerhard, por cuanto ha posibilitado el acercamiento directo al público, siquiera de modo parcial y por lo tanto incompleto, de una producción que le era enteramente desconocida. Y no ya en parte, sino en forma bastante completa, por vía del CD, en cuanto que la efeméride ha propiciado, incluso por artistas nuestros, la grabación de la práctica totalidad de la obra capital del músico catalán.

A Manuel de Falla (Cádiz, 1876-Alta Gracia, Argentina, 1946) y a Roberto Gerhard (Valls, Tarragona, 1896-Cambridge, Inglaterra, 1970), pocos elementos y características de índole estética pueden encontrarseles en común. Ni siquiera la respectiva visión nacionalista del lenguaje musical por la que cada uno transitó en períodos determinados de su trayectoria creadora, tenía mucho que ver con la del otro. Con todo, hay coincidencias curiosas en sus peripecias vitales y aun en las artísticas. Ambos hubieron de regresar en 1914 a España —Falla desde París y Gerhard desde Munich— por el estallido de la Primera Guerra Mundial. Y ambos abandonaron de nuevo su país, los dos por incompatibilidades insalvables con el régimen franquista —por más que de naturaleza diversa—, en cuanto ese régimen se asentó con su victoria de 1939 sobre el republicano. Por otra parte, los dos experimentaron cambios de dirección bastante súbitos y radicales en algún momento de sus carreras —dos en el caso de Gerhard—. No se trata, en el gaditano, de la superación de aquel «Premanuel de Antefalla» de Gerardo Diego, de quien, por cierto, también se cumplió el primer centenario en este 1996, sino del salto entre *El amor brujo* y *El sombrero de tres picos* —con todo y ser estas obras absolutamente maestras ya— y la *Fantasia baética*, *El retablo de Maese*

Pedro o el *Concerto* que les siguieron. Pero ese tránsito es bien conocido, como lo es la obra toda de Don Manuel. Lo es mucho menos cuanto se refiere a los cambios de dirección dentro del pensamiento de Roberto Gerhard, y aun a su producción misma. Y ello aunque Gerhard es un compositor nuestro y muy nuestro, como recalcó su íntimo amigo David Drew: «Gerhard amaba Inglaterra y muy al final de su vida se hizo ciudadano británico, lo cual creo que fue por razones sentimentales, ya que le gustaba el idioma y quería al país. Pero no era un compositor inglés en absoluto. Era sobre todo europeo, sí, pero en el fondo de su corazón era realmente un compositor español». El periplo creador de Gerhard comenzó con el ciclo de canciones *L'infantament meravellòs de Shahrárazada*, terminado en 1917, y se extendió hasta el año mismo de su muerte, 1970, en el que dejó inacabada la que habría de ser su *Quinta sinfonía*.

Pero hablaba un poco más arriba de dos cambios de dirección en su estética. El primero, del todo consecuente con su decisión de 1923 de acudir a Viena a estudiar con Arnold Schoenberg —con el que permanecería hasta 1928—, es el que desde aquel *L'infantament* y del *Trío con piano* primerizos, le llevaría a componer el *Quinteto de viento* y las *14 cançons populars catalanes*, introductor en España, el primero, del dodecafonismo. De vuelta en España, el decenio 1929-39 lo reparte entre un silencio absoluto de casi cuatro años y una breve producción de tanteo clausurada por la página orquestal *Albada, interludi i dansa*. Es ya en el exilio, iniciado precisamente en 1939, cuando se produce su segundo y definitivo —y glorioso— cambio de orientación estética. Coincide, prácticamente, con la entrada de los años cincuenta, y sucede a una etapa de clara tendencia nacionalista en la que produce los ballets *Don Quijote*, *Alegrías* y *Pandora*, la sinfonía *Homenaje a Pedrell* y su única ópera, *La dueña*. Luego, la magna, personal y moderna obra sinfónica y de cámara que le instalará para siempre en la mejor historia musical de nuestro siglo: las cuatro «Sinfonías» —en especial la cuarta, *Nueva York*—, el *Concierto para orquesta*, *Epithalamion* y *La peste*, en el primer género; el *Noneto*, el *Concierto para ocho*, *Hymnody* y los tres títulos astrológicos, *Geminis*, *Libra* y *Leo*, en el segundo.

Pues bien, como antes escribía, 1996 ha dedicado en nuestro país —y no sólo en él— buena parte de su actividad a recordar a ambos músicos, Falla y Gerhard, en sus respectivos aniversarios. Todos los festivales, estatales y autonómicos, que engalanan la geografía española —en cabeza los de Granada, celebrado bajo el título de *Las músicas de Manuel de Falla*, y el de La Coruña—; todos los ciclos y las series habituales de nuestras orquestas, públicas y privadas; la gran mayoría de los conjuntos estables no orquestales; numerosas instituciones y entidades en convocatorias específicas, como las organizadas por la O.S. y C. de RTVE

y la Fundación Juan March, al alimón, las universidades, la SGAE, Ibermúsica, la Residencia de Estudiantes o la Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas, por poner un breve número de ejemplos; las publicaciones periódicas del país, más o menos directamente relacionadas con la música, etc. En todo ello han tenido amplio y repetido reflejo las conmemoraciones a que aludo; y también en no escasas producciones discográficas, cuya mera relación se hace imposible. Queden como muestra de todas ellas las que el sello Auvidis dedica al músico de Valls, con Víctor Pablo Pérez y la Orquesta Sinfónica de Tenerife como excelentes intérpretes del grueso de la interesantísima propuesta.

Leopoldo Hontañón